

razones fáciles de comprender, todas las demás naciones, todos los demás pueblos llevaron su óbolo importante cada uno de por sí, y colosal en el conjunto, para aquella soberbia manifestación del genio industrial bajo sus múltiples formas.

Francia quiso festejar también aquel acontecimiento de un modo atrevido y sorprendente, y su torre Eiffel, de trescientos metros de elevación, soberbia construcción ideada y realizada con el mejor de los éxitos, por el ingeniero de quien lleva el nombre, al encender el faro colocado sobre la cúpula, demostraba con la luz que brotaba de él, los sorprendentes adelantos, las colosales conquistas alcanzadas por la ciencia, bajo el amparo de la libertad proclamada un siglo antes, y simbolizada en el mundo del arte, de la industria y de la cien-

cia, por aquella otra reducida Exposición de 1798, semilla, digámoslo así, arrojada sobre un campo empapado de sangre y que fructificó de tal manera, que todos aquellos mismos pueblos que concurrían al gran festival de 1889, todos ellos, á excepción de Rusia, en mayor ó menor escala habían alcanzado sus libertades y sus derechos á consecuencia de la Revolución Francesa.

Lógico era que todos ellos contribuyeran al espléndido acto realizado el 6 de Mayo de 1889, demostrando así, á la par que su gratitud por el beneficio recibido, todo cuanto el progreso humano había recorrido en aquella centuria y dejando entrever para lo porvenir los nuevos horizontes á que indudablemente ha de llegar en su incesante carrera.



DAVID LIVINGSTONE



## CAPÍTULO XXXV

## RESUMEN GENERAL DEL CENTENARIO

**E**l mundo marcha. Es indudable que la humanidad, desde su primera mañana, comenzó esa eterna carrera en la cual, si se ha detenido breves lapsos de tiempo, ha sido más que otra cosa para recobrar fuerzas y emprender con nuevo ardor el camino á que venía obligada desde su aparición sobre la tierra.

Estudiando detenidamente el pasado de todos los pueblos, es como únicamente pueden apreciarse todas esas grandes etapas de la civilización, puesto que el derrumbamiento de imperios, la transformación de sociedades, la creación de nacionalidades nuevas, la fusión de unas razas con otras, todos esos grandes acontecimientos registrados en la universalidad de la historia, no constituyen más que épocas de civilización, de las cuales se desprende el movimiento incesante de la humanidad caminando hacia adelante en busca de un mejoramiento intelectual, digámoslo así, sustentado y amparado por la fuerza primero, por las relaciones políticas después y por los convenios, por las comunicaciones, por la difusión de las ideas, más tarde.

De período embrionario para la civilización moderna podríamos calificar el que media desde la paz de Utrech hasta la revolución francesa, puesto que en aquel espacio se ve crecer la importancia de los establecimientos marítimos, aumentar las relaciones de Estado á Estado, la misma Rusia, alejada, digámoslo así, del movimiento general de

los pueblos europeos, pretende también inmiscuirse en los asuntos de Europa, sus flotas llegan hasta el Mediterráneo, Catalina dispone la exploración de la parte ignorada de su imperio en el espacio comprendido desde el Cáucaso hasta el Japón y Behring, Ouson, Cook y Damberger, cruzando el primero el estrecho á que da su nombre, realizando el segundo su viaje al rededor del mundo, flotando entre los hielos australes el tercero y llegando hasta el interior de Africa el último, propagan un caudal de conocimientos extraordinario, cuyos resultados debían tocarse más adelante.

Según la felicísima expresión de un historiador moderno, al levantar las pirámides astronómicas en el Polo y bajo el Ecuador, Maupertius y La Condamine, parecía como si tomaran posesión del globo que acababan de medir, en nombre de toda Europa.

Presa de irresistible torbellino parece toda la humanidad desde la mediación del siglo XVIII, y lo mismo el Oriente que el Occidente, se conmueven, se agitan, resuelven problemas y la sociedad europea, enorme crisálida que por tanto tiempo ha permanecido dormida dentro de su capullo, se agita, hace esfuerzos para romper las cadenas que la sujetan, anhelando convertirse en mariposa.

Parecía como que las miradas, hartas de haber permanecido fijas siempre en un solo punto, se extendieran de pronto por el espacio, quedando asom-

bradas ante las bellísimas perspectivas, con las cuales ni aun se atrevieran á soñar antes.

Torrentes de luz desfierran las tinieblas que hasta entonces constituyeran el palacio de la ignorancia.

Cambios verificados en las legislaciones, producen como lógica consecuencia, la abolición de aquellos horribles procesos, de supuestas hechicerías ó de heregias inconcebibles.

El ariete del progreso acaba de destruir los postreros restos del feudalismo, y cual si pueblos y monarcas, clases ilustradas y masas ignorantes, hombres de ciencia y valerosos soldados, todas las clases sociales, en fin, obedecieran á un grito semejante, al famoso «¡Dios lo quiere!» de la época de las Cruzadas, forman decidido empeño en abolir todo lo antiguo, alzando sobre sus ruinas soberbio edificio de elevadas torres cuyas caladas agujas van á perderse en el espacio como soberbias lenguas de granito, articulando himno sublime, expresión fiel del lazo de unión entre la civilización naciente y el supremo Creador, de quien recibe aliento.

\* \* \*

Natural consecuencia de esta colosal agitación fueron también los errores, las locuras, los delirios consiguientes á evoluciones de tal magnitud, y los absurdos de las escuelas destruidas, dan lugar á otros absurdos por parte de los que pretenden crear las nuevas.

Pretendiendo sustituir lo malo, llégase hasta ridiculizar lo bueno, y en su afán de pretender procurar el bien, enseñan á dudar y á desesperar de todo.

Por supuesto que no debe sorprender lo que acabamos de indicar, pues sabido es que las grandes tempestades que purifican la atmósfera y vivifican los campos, llevan también en su seno el rayo que mata, ó la chispa que incendia la morada tranquila de la familia.

El *Genesis* de todos los grandes pasos de la humanidad, ha sido precedido siempre de errores, de delirios y de absurdos, que únicamente los hechos subsiguientes se han encargado de demostrar y de ponerles corrección.

Tempestad inmensa se cierne sobre la vieja Europa, y las naciones que se creen poderosas, fluctuando entre la duda y el temor, pretendiendo calmar las olas del encrespado mar que las amenaza, todavía cometen nuevas iniquidades, se reparten

reinos, destruyen nacionalidades, al mismo tiempo que por otra parte hacen alarde de rendir culto á las nuevas ideas.

Manifestación de éstas se realiza en América, y aquellas colonias, juzgándose acertadamente en edad madura, para saberse gobernar por sí mismas, lanzan el grito de libertad é independencia, grito que al repercutir en Europa á través de los mares, despertó en el ánimo de los pueblos oprimidos, una esperanza en la cual ni aun habían tenido tiempo de pensar antes.

El grito de Wáshington despierta el entusiasmo de los habitantes de aquellas colonias; antagonismos regios fomentan el movimiento insurreccional, y aquellos Estados, que eran los que menos cuidado inspiraron jamás á los soberanos del continente, ofrecen en brevísimo espacio á los asombrados ojos de reyes y de súbditos, el primer ejemplo de la libertad de un gran pueblo.

La democracia se impone y la soberanía popular se pone de frente con el derecho divino, y las monarquías seculares empiezan á estremecerse al recibir las brisas que proceden del lado opuesto del mar.

Y razón tenían en estremecerse, porque aquellas brisas con la mayor facilidad podían convertirse en devastadores huracanes, según que los sufrimientos, las torturas del hambre y de la miseria, ó el ardiente calor de las pasiones, fuese alentado por ellas.

Comenzó á comprenderse que los pueblos pueden emanciparse de las monarquías; que la fuerza de las armas puede ser también sometida por la fuerza de la razón; que el talento, la energía y el número, factores importantes son para la civilización, y finalmente, que el desarrollo de la moral y de la inteligencia debía imponerse á la fuerza puramente material, en que se apoyaban los tronos.

Las ideas, en Europa, comenzaron á germinar con el ejemplo de América, y como ya existían también otros gérmenes sembrados por los enciclopedistas, del choque de unos y de otras, de aquella amalgama de principios americanos y de ideas Europeas nació la luz, y á su resplandor viéronse los abusos, las tiranías, el bienestar de pocos, comparado con la miseria de muchos; el derecho divino empezó á discutirse, y desde aquel momento puede decirse que daba comienzo la revolución.

¿Cómo se produjo ésta? ¿Fue oportuna en su explosión? ¿Realizó todos los fines que se había propuesto?

\* \* \*

En el largo viaje que hemos venido haciendo á través de pueblos y de nacionalidades, de grandezas y miserias, de actos heroicos y de repugnantes crímenes, de descubrimientos y de adelantos, puede haberse comprendido perfectamente, cuánto la revolución francesa ha producido para todos los pueblos, en las diversas manifestaciones de la civilización y del progreso.

Desde la reunión de los Estados Generales hasta la muerte de Luis XVI ¡cuántas etapas había corrido la revolución! ¡cuántas páginas de sangre había trazado en su historia! ¡cuántos desaciertos se habían cometido y cuántos hechos gloriosos no se habían realizado ya!

Lo hemos dicho en otro lugar. La tempestad que fecundiza el suelo y le da vida, es también agente de la muerte.

Las revoluciones en el orden moral son lo mismo que las tempestades en el orden físico.

Destruyen el abuso, rompen el molde de la tiranía, desfierran las tinieblas de la ignorancia, pretenden abatir el mal y quieren que triunfe el bien, y como la indignación, el resentimiento, la cólera comprimida durante siglos de envilecimiento, y el deseo de venganza, son malas consejeras siempre, y cubren la vista con el velo de la pasión, el golpe dirigido contra el culpable, alcanza á gran número de inocentes y la sangre del criminal corre mezclada con la de multitud de víctimas del error, de la ligereza, ó de la ignorancia.

La crisálida, convertida en mariposa de repente, deslumbrada por la libertad de que disfrutaba y por el soberbio espectáculo de aquel mundo de luz y de colores que á su vista se ofrecía, desvaneciéndose en los primeros momentos y saltaba de rama en rama sin poder apreciar cuál era la buena, ni cuál la que le podía perjudicar.

Tal fué la revolución en aquellos primeros momentos.

\* \* \*

No se puede negar que la revolución francesa nació poderosa y fuerte, que á pesar de aquellas saturnales de sangre, había en ella tanta vitalidad, la idea que sintetizaba era tan grande, que todas las naciones asombradas por aquella tan inesperada como portentosa explosión, no pudieron menos de conmovirse.

Y esto se comprende perfectamente.

Porque Francia, desde el momento en que por efecto del cambio en ella verificado y de los sucesos que en su suelo habían tenido lugar, se vió obligada á salir de sus fronteras para sostener los principios proclamados en su revolución, lanzándose de lleno en el mar de los combates, llevaba por piloto la tempestad que amenazaba á todos los pueblos de Europa.

Estos no comprendieron por desgracia la verdadera situación.

Sus gobiernos, pretendían ver las cosas y no veían los hombres, y cada uno buscaba por distintos medios, resguardarse contra la tormenta que adivinaban.

Todos ellos procedieron con lentitud cuando hubieran debido obrar con actividad, pretendiendo oponer como antemural á un pueblo que acababa de romper sus cadenas, que estaba embriagado con su triunfo, una política de equilibrio y unos elementos caducos y desprestigiados.

Francia había respirado el ambiente de libertad, las ideas se habían engrandecido al encontrarse con vastos horizontes en que poder desarrollarse; la libertad del pensamiento era poderosamente seductora; hacíase uso de todos los derechos y por lo tanto era necesario también cumplir con todos los deberes.

El Estado había sufrido una transformación extraordinaria.

En vez de estar sintetizado en un hombre, lo era en un pueblo y éste se adoraba á sí mismo, primero como república, después como libertad y finalmente como gloria militar, que fué precisamente lo que no comprendieron las naciones, que presumían que aquellos paisanos convertidos de repente en soldados, mal armados, harapientos, sin organización ni disciplina, huirían en el mayor desorden al encontrarse frente á los ejércitos de las monarquías seculares, poderosas máquinas sin iniciativa, sin pensamiento y sin libertad.

\* \* \*

Este fué el error de Europa, error que le costó bien caro por cierto.

No quiso reflexionar que la revolución francesa no era la obra de un momento de exaltación de la miseria de un pueblo, y de la debilidad de su monarca, sino que era el producto de la labor de muchas generaciones que habían gemido bajo el pesa-

do yugo, y que estas generaciones eran las que la impulsaban hacia adelante, y que tal era la fuerza del empuje y tal el anhelo del empujado, que saltaría por encima de todo sin que hubiera dique capaz de contenerle.

Y en tanto fué así, y tan recio el avance revolucionario, que cuando alguno de sus conductores vacila ó flaquea, cuando el cansancio, ó quizás el desencanto experimentado, le hace detenerse un momento, le destruye, le aniquila, salta por encima de él y prosigue su indómita carrera.

Ciencias, artes, política, administración, economía, literatura, táctica militar, todo sufre un cambio extraordinario.

La inteligencia humana se lanza por todos los caminos abiertos de repente ante ella, y á la par que se guillotina en París, se alcanzan victorias en las fronteras, se reforman las leyes, se arrebatá á la ciencia alguno de sus secretos, se crean industrias nuevas, se modifica el sistema de administración, se dictan leyes para la enseñanza, se promueve la instrucción, se divulgan los conocimientos, se legisla, se pelea, y el mundo se queda asombrado de que haya un pueblo que en tan escaso tiempo derribe, construya, vuelva á derribar después y entre gemidos de agonía y estampidos de cañones, muestre á la aturdida Europa, triunfante y respetada, una bandera donde hay escritas tres palabras de una sencillez sublime y de una grandeza eterna: Libertad, Igualdad, Fraternidad.

Por todas partes se ostenta esta bandera; en Europa, en África, en América, la enseña de la revolución, el símbolo del pueblo que se despierta de su letargo de siglos, se pasea triunfante y como si las legiones que le sustentaban fuesen dejando por donde iban el polen fecundizante de la nueva idea, la civilización y el progreso empiezan á germinar en los pueblos que visitaran.

El ambiente comienza á saturarse con aquellos perfumes de libertad, de justicia, de progreso; se dejan sentir necesidades donde hasta entonces se había creído tener lo suficiente, y todos los pueblos, aun cuando habían combatido la revolución en sus comienzos, empiezan á verificar sus evoluciones, armonizándolas, en lo posible, con los principios proclamados por aquélla.

Y es porque las ideas se imponen.

Las que brotaron á la siniestra luz de la revolución, eran tan grandes, que aun á los mismos enemigos de ella llegan á impresionar y finalmente á convencer.

No otra cosa sucede con el vencido que al fin se

ve obligado á reconocer y proclamar la grandeza del vencedor.

Napoleón I, el gigante fundido para la guerra y para el cual la espada era todo, lleno de ambición y ansioso de gloria, al llevar sus victoriosas legiones de uno á otro confín de Europa, para satisfacer sus belicosos instintos y su orgullo de conquistador, iba siendo, sin quizás saberlo él mismo, el heraldo de la civilización y del progreso, que dejaba implantados sobre las ruinas de la monarquía que destruía, de la ciudad que incendiaba ó de la nacionalidad que pretendía abatir.

\*  
\*  
\*

Todos los sucesos, todas las grandes innovaciones, todas esas evoluciones verificadas por la humanidad, parece que no tienen otro fin que el de cooperar al triunfo completo de la civilización de Occidente sobre la de Oriente, cuando por efecto de todos aquellos acontecimientos, sucede á la época de agitación y de movimiento, al periodo, digámoslo así, de elaboración, el de la calma y el de la paz.

Verdaderamente, es asombroso ver en el corto espacio de una centuria, todo lo que el mundo ha adelantado en esa carrera que dió comienzo en la primera alborada de la humanidad; porque cien años en la vida del mundo, es un periodo excesivamente corto, con mayor motivo si le relacionamos con los muchos siglos que se necesitaron para hacer fomentar la idea que sintetizó la revolución de Francia.

Romper en un instante las cadenas de la servil humillación, de la suprema ignorancia; dejar de no ser para *ser*; destruir, crear, engrandecer y cambiar en absoluto, no ya la faz de un Estado, sino la de toda una región, y que los efluvios de ésta lleguen á todas las demás, modificando su vida tanto pública como privada, sus costumbres, desarrollando sus inteligencias, calentando el pensamiento al calor de la hoguera encendida en un solo pueblo, no puede menos de maravillar y sorprender, haciendo adivinar la existencia de un agente superior, quizás de la Divinidad misma que al empujar á la humanidad por la vasta pendiente de los siglos, hábale trazado ya la hora de su transformación, dándole como auxiliares poderosos para verificarla el progreso y la civilización.

No de otro modo puede explicarse cómo el ar-



F. DE LESSEPS (Cuadro de Nadar)